

tengo rotos todos los huesos, estoy muerto sin remedio...
¿A dónde me llevan?

Era un espectáculo imponente el de aquel cortejo conduciendo al pobre inválido al través de las balas, del estruendo y de la confusión. Había improvisado Pancho, que era hábil y modosito, un tapextle con maderos de los que habían servido para la fortificación, y mantas y capotes de los soldados; entre él y Hoffay, ayudados de un sargento García, muy fuerte y muy listo, colocaron al enfermo con infinitos cuidados, y emprendieron el camino al través de las horadaciones, de las piezas oscuras, de las escaleras derruidas, de las crujiás tapiadas, tras de las cuales se oían voces é imprecaciones. Iban temerosos de que los zuavos se hubieran introducido á alguna dependencia del convento y de que hubiera que trabar combate con ellos. ¿Qué harían entonces de su carga? ¿Cómo abandonarla, cómo exponerla á las balas y cómo caminar con ella? Hoffay y Francisco marchaban con las pistolas en las manos, dispuestos á perecer más bien que á abandonar al pobre inválido en poder de enemigos que no sabrían respetarle, y así consiguieron llegar á la sacristía de la iglesia, amplia, extravagante, con un recodo que dejaba ver una inmensa enredadera del rosal de Pitiminí que había dado nombre á la calle inmediata. Don Miguel había venido con los ojos abiertos y vidriosos, pero sin hablar palabra; en la nave de la iglesia quiso in-

corporarse un poco y arrojó una gran bocanada de sangre... Quedóse mirando los cuadros que representan la vida de la redentora de perdidas, la dulce Inés del monte Policiano, y pareció fijarse en la figura de un pintor de chupa y vuelillos, que ora al pie de una imagen, llevando una vela en la mano.

— ¡Agua! dijo jadeante, con el acezar de quien siente que se le acaba la vida.

Bebió el vaso que le ofrecieron, se limpió el bigote con la mano sana y luego preguntó lleno de aliento:

— ¿Corrieron por fin los franceses?

— Sí, señor; ya están en sus posiciones.

El aire libre le animó un poco, y cuando llegó á la iglesia de la Concordia, se fijó en el pórtico en que está la divisa de los Padres del Oratorio, y dijo risueño apuntando una inscripción que se destacaba claramente:

— También yo, también yo, «paraíso, paraíso quiero.»

Le metieron á la sacristía donde le aguardaban ya los cirujanos que Ortega había mandado y que le examinaron de pies á cabeza.

— No hay rotos más que tres huesos; si no existe lesión interna, cuestión de poco tiempo.

Auza se había entretenido mirando un cuadro que llenaba el testero del cuarto y que representaba á un santo con la barbilla italiana, la sotana bien ceñida, los ojos color gris obscuro y la mano flaca é imperiosa acen-

tuando un letrero que le salía de la boca: «Mi congregación no la fundó mi espíritu, sino el Espíritu Santo.»

Salió de aquella atonía al ver á Lalanne llegar con un zuavo bajito de cuerpo, rubio como unas candelas, ceremonioso y bien criado como Sancho Panza.

— *Mon général*, exclamó el preso quitándose el fez y haciendo una reverencia extravagante, *est-ce que vous êtes blessé?*

— ¡El primer prisionero, señor! dijo contento Lalanne.

Levantó trabajosamente la mano don Miguel, y sacando dos pesos del bolsillo los entregó al *chaparro*, que se deshizo en reverencias.

— *Mon général, je suis á vos ordres; merci, mon général.*

A poco empezaron á llegar jefes que llevaban más prisioneros, y Miguel, figurándose que la jornada estaría concluída, entró descuidado á Santa Inés. Ya había más de doscientos zuavos á buen recaudo; pero todavía continuaban los combates cuerpo á cuerpo, los duelos entre grupos de franceses y mexicanos y las tremendas escaramuzas en que unos y otros hacían alardes de valor en medio de los fuegos cruzados de las dos facciones.

González Cosío se multiplicaba, yendo y viniendo pistola en mano, dando órdenes á los retardados, excitando á los valientes, animando á los irresolutos y siendo en fin el alma de la defensa.

Notando que salían tiros del cuarto en que Cazarín se había encerrado con su cañoncito, mandó Cosío que aplicara el medio que Porfirio había ensayado con tanto éxito en San Marcos: quitar los ladrillos del techo y arrojar granadas por los intersticios; los zuavos comenzaron á defenderse, pero como se les habían agotado ya las municiones durante el tiroteo hacia el patio, no tuvieron más remedio que rendirse. Cuando se les sacó, bravucones y altaneros, salió Cazarín de entre las pipas del vinagre, lleno de calma y socarronería y acompañado de su cañoncito y de dos muchachos.

— ¿Y si te hubiéramos matado? le decían.

— ¡Qué remedio! habría tenido la pena de que me trobaran mis compañeros.

Y siguió haciendo fuego con el cañón, que apuntó hacia la brecha atestada de cadáveres, pero por donde no dejaban de penetrar zuavos y cazadores.

Pancho salió á llevar una orden de Cosío á la cuadra de Régules, y se encontró el combate más empeñado que nunca. Lalanne acababa de llegar y había hecho que quitaran todo el enladrillado de una vastísima habitación ocupada en la parte baja por los franceses. Éstos, por su parte, ayudaban á la obra tirando hacia el techo y levantando los ladrillos, apenas detenidos por una capa de argamasa. Comenzó la tarea de echar granadas para el piso bajo y se oyeron distintamente los pasos de los que se

arremolinaban queriendo alejarse del lugar donde había de hacer explosión la bola de fuego. Pero ya estaba levantado casi todo el techo y apenas si quedaba donde los mexicanos estuvieran en pie y se guarecieran de los tiros de fusil. La granada pasaba silbando, hacía un rato remolino en el suelo y acababa por explotar esparciendo cortadillos, trozos de hierro, clavos y las mil materias que al ser proyectadas por el aire rompían miembros, vaciaban ojos, hendían cabezas ó arrancaban trozos enteros de pared que caían sobre las gentes hiriéndolas y matándolas. A la cuarta ó quinta bomba, los franceses abandonaron el cuarto y tuvieron que salir á toda prisa para traspasar unos el foso y morir otros frente á la trinchera, guardando hasta difuntos el ademán fiero y provocador que habían tenido cuando podían disparar tiros, cantar á voz en cuello y beber aguardiente.

Si algo hubiera sido capaz de llamar la atención de Pancho en esos momentos, de seguro se habría quedado estupefacto al ver á un vejete con traje de la época de Iturrigaray, que arrojaba granadas hacia el piso bajo, ocupado por los franceses.

— ¡Otra y se retelargan!... Ya ven si sirven los viejos... No todos son bellacos como mi hijo, que no sacó mi sangre, que no es de mi casta... Bueno; deben de haber muerto muchos de esos marranos... ¡Fuego y carguen cañones!...

La lucha, aunque reñida, no dejaba lugar á duda en favor nuestro.

Al ver huir á la canalla, Romo quiso bajar en unión de Rudesindo, que le seguía. Una bala que le entró por un omoplato, inutilizó al hijo de la viuda, que cayó gritando: «¡Viva México!»

Don Juan, exponiéndose á todos los tiros de los asaltantes, trepó al pretil, y con el rifle en la mano empezó á disparar á toda prisa. No se oían los gritos que salían de la boca desdentada del viejo; pero sí se veía grande y majestuosa la figura del soldado de Tres Villas, que en medio del humo y de la polvareda dejaba ver la cabeza blanca, los faldones de la casaca, las medias negras, y el rostro transfigurado por el ardor de la lucha. Una bala de las innumerables que se disparaban, cortó la voz en la boca del anciano, que vino á tierra con los ojos muy abiertos, pálido y convulso. Ya no articuló palabra; al bajarle á la ambulancia expiró pacífica y silenciosamente.

Fué aquel el último acto de la resistencia; los franceses se alejaron á toda prisa, y Pancho pudo ver, cuando llegó á dar cuenta de su encargo, que el patio entero estaba sembrado de cadáveres y que el general Ortega recorría los puntos en medio del entusiasmo de todos los soldados.

— Pero ¿por qué no cargaron ustedes cuando la gente estaba de buen temple? Fué una falta...

— Mire la respuesta, mi General, dijo Cosío con calma.

Un zuavo que se quejaba más que Durandarte en la cueva de Montesinos, gemía con desconsuelo:

— *Un peu d'eau.*

— ¿Qué dice este marrano? preguntó uno de los soldados á otro que juzgó más entendido.

— Que quiere agua, dijo el que servía de truchimán.

— Pues toma, perico, una sopa de tu propio chocolate, dijo zarandeándose el interpelado y virtiendo un trago de la cantimplora que traía en la mano en la boca del zuavo. Y luego, notando que le veían los del cortejo del General, gritó sin cortarse: «¡Que viva y que reteviva mi... *renejal* Ortega!...

— Pero, éste está borracho como un cubo de pulque.

— Y todos están lo mismo, mi General.

— Y ¿quién cometió la falta de darles alcohol?

— Ellos, señor; tomaron las cantimploras de los zuavos muertos, y como en el otro campo, para obligarles á que entren valientemente al asalto, siempre les ofrecen aguardiente, éstos se aprovecharon del botín de guerra.

Rió Ortega, comprendiendo que tampoco era muy fácil, supuestos nuestros menguados recursos, volverles á los franceses la oración por pasiva, y dispuso todo para levantar el campo.

— Sigue todavía el fuego contra Régules, señor, dijo Cosío.

— ¿Y se presentaron á tiempo Escobedo y Alatorre?

— Claro que sí, y también Ramírez prestó muy buenos servicios con su cuerpo. ¿Pero sabe, señor, qué nos ayudó grandemente? La trinchera de la calle de San Agustín,



Santa Inés.— Otra vista tomada después de la rendición de la plaza

que impidió la reunión del resto de la columna con la cabeza que había entrado aquí.

— La mandaba Pancho Castañeda.

— Y los tiradores del general Díaz.

— El mismo les llevó y estuvo á punto de que le mataran por haberse expuesto á los fuegos que barrían la calle desde el mesón de la Reja.

— Y Berriozábal.

— Y Llave, que mandó veinticinco rifles escogidos.

— Todos, todos, repuso Ortega, han tenido el comportamiento que la Patria y yo aguardábamos de ellos. He determinado algunos ascensos que espero estimulen el ardor de tan buenos soldados: Porfirio Díaz y Auza, generales de brigada efectivos; Cosío, coronel efectivo y general graduado, y Lalanne, teniente coronel con grado de coronel...

A Pancho, á Hoffay y á otros muchos subalternos les tocó también su gradito de ascenso, y por cierto que los pobres creyeron haberlo ganado muy honradamente.

— Vamos á ver, dijo Mendoza, que se recoja y se guarde todo el armamento ganado.

— Ya lo envié todo, mi General, respondió Cosío.

— ¿Y esos fusiles, que pertenecen al tercer batallón de zuavos?

— Perdone usted, mi General; esta inscripción no significa *tercer batallón de zuavos*: el 3 B. de Z. que usted ve, quiere decir *Tercer batallón de Zacatecas*; y si usted encuentra que hay diferencias entre el calibre y la fabricación de estos fusiles y los de los nuestros, no lo extrañe, que hoy por arte de encantamiento pasó esta metamorfosis.

— *Si non è vero è ben trovato*, repuso Mendoza y sin atreverse á reñir al bizarro General.

A las once todo había concluído; las músicas empezaron á tocar dianas é himnos, y las campanas, que habían permanecido calladas, rompieron en el repique más jubiloso que habían escuchado fiestas de Corpus y días de San Pedro.

Se llevó á los heridos lentamente y llenos de cuidados; los muertos caminaron en tres carretas tiradas por bueyes, de esas en que los labradores suelen conducir la mies recién segada, simplemente que la mies ahora era roja y en parte había sido arrancada antes de sazón. Y Pancho, que corría delirante tras de las músicas y los vítores, no podía apartar de sus ojos una cabeza con el cabello como pegado á la frente, la vista vidriada, la boca desdentada y luciendo un trapo rojo en el cuello. Había quedado fuera de la carreta, y con los vaivenes parecía reirse escépticamente de la vida, de los hombres y de las cosas.

